Globethics Repository



Liberación y paz [Liberation and peace]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Frei Betto,
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-06 11:32:09
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155851

LIBERACION Y PAZ: EXIGENCIAS DEL EVANGELIO*

por **Frei Betto**

Enseña la filosofía medieval que debemos iniciar un discurso por la interpretación de sus principales términos. En este caso, lo que entendemos por Liberación y Paz y cómo el proyecto utópico expresado por estos términos se articula ética, política y teológicamente en la actual coyuntura de América Latina.

La Paz como fruto de la justicia

Participé en Moscú entre el 14 y el 16 de febrero de este año, del Fórum "Por un Mundo sin Armas Nucleares y por la Supervivencia de la Humanidad". Se congregaron allí científicos políticos, científicos naturalistas, hombres de negocios, ecologistas, médicos, generales retirados, artistas, escritores y religiosos —cerca de mil personas provenientes de 80 países. En la mesa redonda que reunió cristianos, budistas, judíos, musulmanes, hindúes y sintoístas, los cristianos latinoamericanos se encontraban representados por el Pastor Adolfo Ham, entonces presidente del Consejo Ecuménico de Cuba, por el Pastor Emilio Monti, de Argentina, por el Arzobispo Lazar, de la Iglesia Ortodoxa Rusa, que también trabaja en la Argentina y por mí.

Al intervenir en aquel evento subrayé que la Paz jamás será el resultado de un mero equilibrio de fuerzas. Aunque Gorbachov y Reagan llegasen a un acuerdo capaz de destruir todos los arsenales nucleares que amenazan con la extinción a la humanidad, eso sería importante, mas no suficiente. En nuestros países subdesarrollados, considerados la periferia del mundo, en los cuales —salvo los que ya son socialistas, como Cuba— la necesidad biológica de alimentarse constituye para la mayoría de la población un privilegio. Para nosotros, el nombre de Paz, se escribe con la palabra Pan. Sólo habrá Paz como Fruto de la Justicia.

Así, el símbolo cristiano de la cruz expresa un programa de Paz: la coexistencia entre el Este y el Oeste, fundada en la destrucción de los arsenales nucleares, debe complementarse con los nuevos criterios de justicia entre el Norte y el Sur, basados en el Nuevo Orden Internacional.

En caso contrario habrá acuerdos y promesas, pero no habrá Paz, ya que hoy el progreso de las comunicaciones reduce el mundo a las dimensiones

* Conferencia Cristiana por la Paz; Palacio de las Convenciones; 27 de Mayo de 1987; La Habana, Cuba.

de una aldea. Por la pantalla de la televisión, conocemos lo que sucede en casa del vecino, resida él en Nicaragua, en Africa del Sur o en Afganistán. Cualquier conflicto regional obtiene inmediata e inevitablemente, repercusiones e implicaciones internacionales.

Se percibe en eventos europeos que la opinión pública de las naciones desarrolladas tiene cierta dificultad en entender que, aunque se cierne sobre ellas la amenaza de catástrofe nuclear, aquí, en el Tercer Mundo, ya ocurrió la explosión que actualmente sacrifica la vida de millones de personas. La bomba atómica que explota sobre nuestras cabezas se llama Deuda Externa y es el resultado de la desintegración de nuestras economías debido a las relaciones siempre más injustas, entre países acreedores y países deudores. Bajan los precios de las mercancías que producimos y suben los intereses que ellos cobran. Teóricamente el Tercer Mundo deberá desembolsar de la boca de nuestros pueblos, sólo para pagar los intereses de su deuda en 1988, la fantástica suma de 145 mil millones de dólares. Sólo en América Latina, cerca de 300 millones de personas padecen hambre. En Brasil, mueren por día mil niños desnutridos, con menos de un año de vida. Mientras en Cuba, gracias a la socialización de los bienes y de los servicios, de cada mil niños nacidos vivos, mueren cerca de 14 ó 15, en Brasil, de cada mil, mueren 83 a nivel nacional y 150 en la región del Nordeste.

Tal genocidio confirma que, en América Latina, el camino de la Paz pasa, necesariamente, por la Liberación que conduce a la Justicia. Aquí no habrá paz hasta que el imperialismo norteamericano no sea derrotado.

¿Qué es lo que quiere el pueblo de Nicaragua sino construir su libertad, garantizar su soberanía, repartir sus bienes y vivir en paz? El fin de las dictaduras militares y el advenimiento de la democracia burguesa en muchos países del continente representa, sin dudas, una conquista que va rumbo a la libertad, aunque en flagrante contradicción con las ansias de justicia de aquellos pueblos. Sólo el proceso de liberación es capaz de inaugurar la verdadera democracia —el gobierno del pueblo y para el pueblo.

Liberación: una exigencia del Evangelio

¿En qué medida la liberación, con sus implicaciones políticas y económicas, es una exigencia del Evangelio? ¿No sería meramente espiritual, la liberación propuesta por la prédica y la práctica de Jesús?

La salvación no es exclusivamente una realidad post-mortem. Ella es substancialmente comunión de las personas con Dios y comunión de las personas entre sí. Algo, por lo tanto, que se decide aquí y ahora (Hc 1:15), real y concretamente, en la medida en que se transforma la realidad humana para llevarla a la plenitud en Cristo (Rom 8:20-21). En este sentido, el pecado —que es siempre una forma de alienación— no es solamente lo que impide la comunión de las personas entre sí (Mc 10:17-21). Por lo tanto, la salvación es también una realidad intra-histórica, políticamente articulada, a la cual la Biblia denomina Liberación (Ex 3:7-10; Lc 4:18-19).

En la tradición teológica, no faltan ejemplos de tentativas de metaforización o de secuestro del lenguaje bíblico, en el esfuerzo por desencarnarla, rompiendo la unidad entre el significado (Dios) y el significante (la historia humana). Tal ruptura no encuentra respaldo en el Evangelio. En el texto de Lucas, por ejemplo, el anuncio de la presencia histórica de Jesús es precedido por una descripción que lo sitúa políticamente: "Era el año quince del reinado del emperador Tiberio. Poncio Pilato era gobernador de Judea, Herodes estaba a cargo de la provincia de Galilea, su hermano Filipo a cargo de Iturca y de la Traconítide y Lisanias a cargo de Abilene. Los jefes de los sacerdotes eran Anás y Caifás" (3:1-2). Los evangelistas presentan el mensaje cristiano con todas sus implicaciones políticas, sociales, económicas e ideológicas, derivadas de la historicidad de la encarnación de Jesús. Negar tales implicaciones es estar de acuerdo con la tesis de que Jesucristo no pasa de ser un mito personalizado por la imaginación de los esclavos del Imperio Romano. Tal suposición no resiste a los fundamentos científicos que comprueban la existencia histórica de Jesús. No nos referimos a los Evangelios o a los demás testimonios cristianos, evidentemente sospechosos bajo la óptica de la investigación histórica. Pero lo mismo no se puede decir de las fuentes judaicas y romanas, como las "Antigüedades Judías" de Flavio Josefo (año 94); la carta de Plinio, el Joven, gobernador de Bitinia, al emperador Trajano; el libro "Nerón" del historiador romano Suetonio (año 120); y a los "Anales" de Tácito, también historiador romano, en los cuales se dice explícitamente, que "el nombre de 'cristianos' deriva de 'un cierto Cristo', el cual, en tiempos del Emperador Tiberio, fue condenado a muerte por Poncio Pilato", en Judea, "donde nació esta perniciosa superstición". En suma, la historiografía cuenta hoy con más pruebas científicas de la existencia histórica de Jesús que de aquéllas que prueban el que haya existido Sócrates, el filósofo griego.

En América Latina, la Liberación no es una cuestión académica o abstracta. Es un drama cotidiano que impregna instituciones, leyes, estructuras y se refleja en la miseria colectiva, en la segregación de los indios, en la discriminación de los negros, en la sumisión de la mujer y en la explotación del trabajador. Es un mecanismo de dominación y muerte mantenido por personas y gobiernos que —para nuestra vergüenza— se dicen cristianos.

Tal situación cuestiona nuestra fe y exige un discernimiento teológico. Conocer a Dios es practicar la Justicia (Jer 22:16). En la injusticia predominante en la realidad latinoamericana, hay una negación objetiva e histórica del Dios de la Vida, revelado por Jesucristo. En ese contexto, no es el ateísmo filosófico el enemigo del Evangelio y sí la idolatría, el culto a los falsos dioses erigidos por el capitalismo: dioses que exigen, para perpetuarse, la muerte permanente de los pobres.

A la luz de la fe cristiana, el pobre es, en sí mismo, una realidad profética. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, demuestran que la realización de la justicia de Dios en la historia, supone la liberación de los pobres. El pobre es sacramento de Cristo en la historia (Mt 25:31-46). El propio Dios, en Jesucristo, se hizo pobre (Fil 2:6-11) y proclamó, como criterio definitivo de la manifestación de su Reino, la liberación de todas las formas de dominio, frutos del pecado (Lc 3:7-14; 4.18-19). La Conferencia Episcopal de Puebla,

identifica en los rostros de los pobres de América Latina, el rostro de Cristo (No. 33). Así, liberar a los oprimidos, es señal de la novedad del Evangelio (Lc 1:46-55), exigencia fundamental de las bienaventuranzas (Mt 5:1-12; Lc 6:20-23); es condición primera del seguimiento de Jesús (Mc 10:17-22). En el Evangelio, no hay posibilidad de hacerse seguidor y discípulo de Jesús sin antes adherirse a la práctica de la justicia y la división de los bienes (Lc 3:7-14).

Esta opción por los pobres, como consecuencia de la propia presencia de Dios entre nosotros, nos exige una ruptura con las fuerzas y clases dominantes, responsables por la muerte de los pobres. Supone, inclusive, nuestro compromiso con las fuerzas que se suman a la lucha por la liberación. No se puede considerar discípulo de Jesús quien no está comprometido en la construcción de este proyecto de Justicia y Paz que el Evangelio denomina Reino de Dios. En nuestro presente contexto, Reino ya no expresa la fuerza semántica que tenía en la coyuntura de la Palestina del siglo I. Allí, hablar de otro Reino que no sea el del César, era lo mismo que hoy defender en América Latina otro régimen político que no corresponda a los intereses del imperialismo. Por lo tanto, la propuesta liberadora de Jesús, resumida en la categoría utópica de Reino, no admite abstracciones. Ella coincide con la justicia que hace a los pobres recobrar la vida (Jn 5:8; 10:10). Tal práctica amenaza políticamente el orden dominante y sella la condenación de Jesús a la muerte (Jn 11:49-50).

Hoy, en América Latina, aquel sacrificio se prolonga en el martirio de todos los que pierden sus vidas en la búsqueda prioritaria del Reino de Dios y su Justicia, como Mons. Oscar Romero, Gaspar García Laviana, Camilo Torres y tantos otros combatientes anónimos, incluyendo a todos aquellos que no profesan explícitamente la fe cristiana, pero que se encuentran unidos a Cristo a través del servicio desinteresado y amoroso exigido por la lucha que procura erradicar la dominación capitalista y crear un nuevo orden social fundado en el espíritu de la fraternidad (1 Cor 13:2; I Jn 4:7-21).

El gran desafío del futuro liberado

Si de un lado la conquista de la Liberación y la Paz en América Latina exige la superación del sistema de dominación capitalista y la construcción de la sociedad socialista del otro, no debemos caer en la ilusión, aunque reconociendo los inestimables avances del socialismo, de que la implantación de este régimen signifique el fin del proyecto de Liberación. Para ser verdadera y completa, la Liberación debe ir de la esfera de la necesidad a la esfera de la libertad, debe abarcar de lo más íntimo de la persona a lo más social, debe vincular lo económico y lo espiritual, debe apoyarse en bases éticas y morales, sólidas e incuestionables.

El Comandante Fidel Castro, en su discurso en el 53° Plenario de la Central de Trabajadores de Cuba, el 14 de enero de este año, advertía que "la fórmula socialista puede conducir al egoísmo y al individualismo también, si al individualismo no se le ha hablado de otra cosa todos los días que de lo

que va a ganar por lo que esté haciendo, por su esfuerzo". Si estamos de acuerdo con que la Liberación es un proceso integral, que va del Pan a la Paz, de la necesidad humana más apremiante a la plenitud de la vida espiritual —lo que el marxismo califica de superación de todas las contradicciones objetivas y alienaciones subjetivas— entonces tampoco se puede aceptar que en el socialismo ya no tiene sentido hablar de la Teología de la Liberación. Tal hipótesis demostraría una inadecuada comprensión, tanto del socialismo como de la Teología de la Liberación. Esta no se reduce a una crítica radical del capitalismo a la luz del Evangelio y a partir de la práctica liberadora de los oprimidos. La Teología de la Liberación es un nuevo método de pensar la fe cristiana desde el lugar social de las clases populares y del lugar epistemológico de aquellos que encaran la Historia desde la óptica de los oprimidos. La fe no ilumina, de modo crítico, sólo la realidad conflictiva en que vivimos; ella es luz también para el corazón humano, este reducto donde, en última instancia, se decide nuestra opción ética, la calidad moral de nuestra libertad y la coherencia revolucionaria de nuestra existencia.

En ocasión de las conmemoraciones del 30° Aniversario del Desembarco del Granma, en diciembre de 1986, surgió un nuevo aforismo: "Ahora sí vamos a construir el socialismo". Yo me encontraba en Camagüey, al servicio de la Iglesia Católica y, al regresar a La Habana, decidí hacer una pequeña investigación. Pregunté a algunos compañeros comunistas: "¿Cuándo se podrá decir 'ahora sí ya construimos el socialismo'?". Algunos respondieron: "Cuando ya tengamos superadas todas las necesidades materiales".

¿Será que, en última instancia, el socialismo es el sueño de cada ciudadano de vivir como un burgués? "Vamos a suponer —le dije a aquellos compañeros— que Cuba alcance un nivel de desarrollo que permita a todos los ciudadanos el pleno acceso a los bienes superfluos de consumo, ¿sería la realización del ideal socialista?".

Supongamos aún, que en este momento haya un bombardeo sobre la Isla o una catástrofe ecológica que afecte de tal modo el sistema productivo que haga retroceder treinta años el nivel de bienestar de la población. ¿El socialismo también retrocedería treinta años? Considero que, tanto a la luz del cristianismo como a la luz del marxismo, lo que define, en última instancia, la calidad del socialismo es el advenimiento del Hombre Nuevo y de la Mujer Nueva. En el mismo discurso del 14 de enero de este año, en la CTC, Fidel defendió la importancia del trabajo político en la construcción del socialismo, "puesto que, —como dijo Marx— el socialismo está lejos todavía de ser una sociedad totalmente justa y de ser una sociedad totalmente perfecta". Para ese fin, —agregó el Comandante—, es preciso hacer surgir al hombre nuevo: "No veo forma de que eso se pueda alcanzar jamás, si no es mediante el desarrollo de la conciencia, mediante el desarrollo de altos conceptos morales, altos conceptos humanos, altos conceptos solidarios, altos conceptos políticos, aparte de un máximo desarrollo de las fuerzas productivas".

Esta misma idea Fidel ya la había expresado en el Discurso de Clausura del III Congreso del Partido Comunista de Cuba, el 2 de diciembre de 1986,

al criticar "la creencia ciega, o que empezaba a ser ciega, de que la construcción del socialismo es, en esencia, o fundamentalmente, un problema de mecanismos". Como lo expresara en la reunión con los periodistas, pienso que la construcción del socialismo y del comunismo es, esencialmente, una tarea política y una tarea revolucionaria, tiene que ser fundamentalmente fruto del desarrollo de la conciencia y de la educación del hombre para el socialismo. En la misma ocasión, el líder máximo de la Revolución Cubana, subrayaba que "el trabajo político no es recitarle un catecismo a la gente sobre Marx y Lenin todos los días, sino ser capaz de despertar las motivaciones humanas y morales de los hombres".

En el Informe presentado al Plenario del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, el 27 de enero de este año, Mikhail Gorbachov coincidía con el punto de vista de Fidel, al insistir que, después de 70 años de la Revolución de Octubre, el socialismo no podrá avanzar en aquel país si las cuestiones de la educación política y del perfeccionamiento ético, no fuesen encaradas con osadía y franqueza. "La renovación —afirmó el Secretario General del PCUS— implica librar a la sociedad por completo de las tergiversaciones de la moral socialista y aplicar con firmeza los principios de justicia social; asegurar la unidad entre lo que se dice y lo que se hace, entre los derechos y los deberes; enaltecer el trabajo honesto de alta calidad y acabar con la nivelación de su remuneración y las tendencias consumistas. Creo que la finalidad de la transformación es obvia: renovar a fondo todos los aspectos de la vida del país, conferir las formas más modernas de organización social al socialismo y revelar a plenitud el carácter humanitario de nuestro régimen en sus aspectos decisivos: económico, social, político y ético", concluyó el dirigente soviético.

Cuando líderes políticos de la calidad de Fidel Castro y de Mikhail Gorbachov conducen sus pueblos a una profunda autocrítica, a un proceso de rectificación y de renovación que rompe esquemas mecanicistas y derrumba catedrales dogmáticas, centrando sus atenciones en el desafío moral de la construcción del Hombre Nuevo y la Mujer Nueva, la teología no puede dejar de identificar en esa propuesta ética, un marco privilegiado de convergencia entre cristianismo y marxismo.

Estamos a las puertas de un nuevo siglo y en el umbral de una nueva era, donde la Liberación será algo más que un proyecto político de transformación social, para tornarse también un proyecto espiritual, fundamento amoroso de las relaciones personales, de la repartición de los bienes de la naturaleza y de los frutos del trabajo humano, de la dedicación internacionalista, de la solidaridad combativa y de la posibilidad del ser humano de trascenderse a sí mismo para descubrir, en lo íntimo de su existencia personal e histórica, la presencia inefable de Dios. En ese sentido, nosotros los cristianos, tenemos el deber evangélico de testimoniar al Dios de Jesucristo, —Dios de la Vida—, en el compromiso efectivo con todos aquellos que luchan a favor de la liberación de los oprimidos. Nuestras Iglesias deben despojarse de todo triunfalismo y superar rivalidades, abandonando toda discusión, para saber quién es de Pablo o quién es de Apolo (1 Co 3:3-4) para, en el espíritu de Cristo, reencontrar la unidad en una actitud ecuménica que, por sobre los debates

doctrinarios, se apoye en la solidaria militancia en pro del mundo futuro donde la diferencia no será divergencia y la fe será reconocida como un don de Dios para aquellos que creen en nuestra prédica y testimonio y no un privilegio que nos haría mejores que los otros.

No nos olvidemos jamás que Dios actúa también a través del amor y de las obras de aquellos que, ahora, sólo lo conocen en los pobres a quienes dan de comer, o en los oprimidos a quienes liberan (Mt 25:31-46). Si queremos renovar la faz de la tierra, conquistar la Justicia y disfrutar de la Paz, debemos, en primer lugar, preguntarnos qué podemos hacer mejor, a quién podemos servir más, dónde somos más útiles, no a nuestros intereses, sino a las aspiraciones y esperanzas de nuestros pueblos. Sólo así, creo, ayudaremos a edificar el Nuevo Orden Social reflejado en el poema del capítulo 11: 6-9 del libro del profeta Isaías:

El lobo habitará con el cordero,
el tigre se acostará junto al cabrito,
el ternero comerá al lado del león
y un pequeño niño los pastoreará.
La vaca y el oso pastarán juntos
y sus crías reposarán juntas,
pues el león también comerá pasto, igual que el buey.
El niño de pecho pisará la cueva de la víbora,
y sobre la cueva de la culebra
el pequeño colocará su mano.
No harán mal alguno, no harán daño a su prójimo
en todo mi Santo Monte,
pues, como llenan las aguas el mar,
así se llenará la tierra del conocimiento de Yavé.

(Is 11:6-9)

ATLAS erials

Copyright and Use:

As an ATLAS user, you may print, download, or send articles for individual use according to fair use as defined by U.S. and international copyright law and as otherwise authorized under your respective ATLAS subscriber agreement.

No content may be copied or emailed to multiple sites or publicly posted without the copyright holder(s)' express written permission. Any use, decompiling, reproduction, or distribution of this journal in excess of fair use provisions may be a violation of copyright law.

This journal is made available to you through the ATLAS collection with permission from the copyright holder(s). The copyright holder for an entire issue of a journal typically is the journal owner, who also may own the copyright in each article. However, for certain articles, the author of the article may maintain the copyright in the article. Please contact the copyright holder(s) to request permission to use an article or specific work for any use not covered by the fair use provisions of the copyright laws or covered by your respective ATLAS subscriber agreement. For information regarding the copyright holder(s), please refer to the copyright information in the journal, if available, or contact ATLA to request contact information for the copyright holder(s).

About ATLAS:

The ATLA Serials (ATLAS®) collection contains electronic versions of previously published religion and theology journals reproduced with permission. The ATLAS collection is owned and managed by the American Theological Library Association (ATLA) and received initial funding from Lilly Endowment Inc.

The design and final form of this electronic document is the property of the American Theological Library Association.